cemos y á las que mi parienta recibe con mucho agasajo porque están embarazadas.

Gracias al cielo ha terminado ya la Cuaresma, y aunque yo sólo he ayunado durante la Semana Santa, se me han hecho esos días más largos que toda la Cuaresma en París, porque aquí no se hace manteca, y la escasa que se vende viene de muy lejos, metida en tripas de cerdo y llena de gusanos, lo cual no quita para que sea más cara que la de Vauvre. Más vale contentarse con el aceite, que por cierto es buenísimo, pero que á todos no puede agradarnos á pesar de sus bondades; yo no lo pruebo sin que me haga daño, y como si esto no fuera bastante, por estar situada la villa de Madrid á cien leguas del mar, nunca podemos comer pescado fresco. Algunas veces traen salmones, con los cuales se hacen empanadas llenas de azafrán; el pescado de río no abunda, pero generalmente la gente se preocupa muy poco de todo esto, pues casi nadie ayuna, conociendo de antemano las dificultades con que tropieza quien pretende hacerlo. Véndense las bulas en casa del Nuncio, y la bula que se adquiere por tres reales permite comer manteca de leche y queso durante toda la Cuaresma y despojos los sábados de todo el año. Paréceme algo incomprensible que se permita comer las patas, la cabeza, los riñones y no el cuerpo de una res.

La carnicería permanece abierta durante la Cuaresma, como en el Carnaval, y es muy molesto el modo de vender carnes que usan aquí. El comprador trata con el carnicero por una ventanilla, pide aquél todo lo que le hace falta, y el carnicero no se digna contestarle; repite aquél, y éste le hace dar el dinero adelantado; al fin, si ha pedido un lomo de ternera, le da una pierna de carnero; recházala el comprador, alegando que ha pagado y desea otra cosa, y el carnicero retira la carne que ofreció y la sustituye por un pedazo de buey. Grita el comprador, porque tampoco es aquello lo que ha pedido, y el comerciante le tira su dinero á la cara, dándole además con el ventanillo en las narices. Inútil es ir á otra carnicería, porque usan en todas parecidos modales ó peores tal vez; así, lo más prudente y ventajoso es pedir lo que hace falta y tomar lo que dan los vendedores

á su antojo. La carne que aquí se gasta es muy seca y muy negra, pero con mucha menos cantidad que en Francia se hace un buen caldo. Todo es tan alimenticio, que un huevo aquí aprovecha más que un pollo en otra parte, sin duda por efecto del clima.

En cuanto al vino, me parece mediano. No es en Castilla donde se producen los excelentes vinos de España. Éstos provienen de Andalucía y de Canarias, y es preciso embarcarlos para que tomen la suavidad y la fortaleza que los distingue y hace agradables. El vino en Madrid es fuerte, pero áspero; y si á esto se añade que lo conservan en pellejos recubiertos de pez, podránse apreciar fácilmente sus malas cualidades. Así no me sorprende que los hombres en general sean poco bebedores, pues mucha voluntad se necesitaría para emborracharse con un brebaje de tal sabor. Véndese muy barato en cortas cantidades para los pobres, y para esta venta lo tienen todo el día en grandes lebrillos de barro donde, aireándose y moviéndose mucho cada vez que meten el jarro en el lebrillo, se avinagra, y apesta de tal modo, que al pasar por la calle cerca de una taberna es necesario taparse las narices.

La Cuaresma no reduce ni modifica las diversiones, porque son éstas constantemente muy morigeradas, ó por lo menos muy quietas y silenciosas. No deja nadie durante la Semana Santa de visitar las estaciones, sobre todo desde el miércoles hasta el viernes. Suceden cosas bien distintas en aquellos días entre los verdaderos penitentes, los amantes y los hipócritas. Algunas damas, con pretexto de la devoción, no dejan en tales días de ir á ciertas iglesias donde saben desde el año anterior que sus amantes irán deseosos de contemplarlas, y, aunque vayan seguidas de multitud de dueñas, como son grandes las apreturas, el amor les ofrece ayuda para librarse de los *Argos* que las vigilan, y escurriéndose revueltas en el gentío, van á una casa vecina que reconocen por cualquier señal, expresamente alquilada para servir á los amantes en aquel momento. Luego vuelven á la iglesia, donde las dueñas no dejaron de buscarlas, ríñenlas por su poquísimo cuidado, y se hacen acompañar de cerca para

mentir con más disimulo; así los maridos que guardaron durante doce meses á su cara esposa, la pierden con frecuencia el día en que debió ella serles más fiel. El gran recogimiento en que ellas viven les inspira ideas de libertad, y su ingenio, ayudado por su ternura, pone á su alcance medios que sus propósitos facilitan.

Me ha parecido muy desagradable el espectáculo que ofrecen los disciplinantes; al ver el primero creí que me desmayaba; no se cómo puede parecer bien una cosa que horroriza y asusta. Un hombre se os acerca tanto que, al golpearse, con su sangre salpica vuestro vestido, y esto es una galantería.

Para darse azotes gallardamente y hacer saltar la sangre á un punto determinado, hay reglas formuladas, y maestros que las enseñan y caballeros que las aprenden como se aprenden las artes de la danza y de la esgrima.

Los disciplinantes visten una túnica muy delgada que los cubre desde la cabeza hasta los pies, formando pequeños pliegues y tan amplia que para cada túnica empléanse 40 ó 50 varas de tela; llevan sobre la cabeza una caperuza muy alta, por delante de la cual pende una tira de lienzo que cubre la cara y en su parte superior tiene dos agujeros dispuestos para que vea por ellos el disciplinante, que lleva guantes y zapatos blancos y muchas cintas en las mangas de la túnica, que tiene dos aberturas por donde asoman los desnudos hombros. Generalmente llevan también enlazada en las disciplinas una cinta que á cada penitente regala su amante y ellos la lucen como un señalado favor. Para ser admirado y hacer bien las cosas es preciso no gesticular con el brazo y mover solamente la muñeca, que sean dados los golpes sin precipitación y que la sangre que salte de las heridas no manche la túnica. Despelléjanse de una manera horrible los hombros, de cada uno de los cuales brota un río de sangre. Los disciplinantes andan por las calles pausada y ceremoníosamente, y al llegar frente á las rejas de su amada se fustigan con una paciencia maravillosa. La dama observa esta caprichosa escena desde las celosías de su aposento, y por alguna señal bien comprensible anímales para que se desue-

llen vivos, dándoles á entender lo mucho que les agradece aquella bárbara galantería.

Cuando los disciplinantes en su camino tropiezan con una señora hermosa, suelen pararse á su lado y sacudirse de modo que al saltar su sangre caiga sobre los vestidos de la dama. Esto es una notable atención, y la señora, muy agradecida, les da las gracias.

Desde que un hombre ha empezado á disciplinarse, necesita repetir el suplicio todos los años, y si no lo hace alguno, enferma. También usan esponjas llenas de alfileres, y frótanse con ellas como si fuera la cosa más fina y suave del mundo.

Al anochecer, algunos caballeros de la Corte van también á dar su paseo como disciplinantes; generalmente proyectan esto jóvenes locos, y avisan á sus amigos lo que piensan hacer. Los amigos les acompañan armados hasta los dientes. Este año el Marqués de Villahermosa y el Duque de Béjar salieron; el Duque, á las nueve de la noche bajó á la calle precedido de sus pajes, que le alumbraban con más de cien hachones. Iban delante sesenta caballeros, y detrás ciento, á los que seguían escuderos y lacayos. Todos juntos formaban una bonita procesión; las damas asomáronse á los balcones adornados con verdes colgaduras y con luces que las ayudaban á ver y las hacían más visibles. El caballero disciplinante pasa con su acompañamiento y saluda, pero con frecuencia ocurre que los dos disciplinantes que transitan por las calles á la misma hora y con idéntico aparato, encuéntranse y hostíganse. Así ha sucedido este año con los nobles caballeros cuyo título nombré. Cada uno pretendía que le dejaran el paso libre los acompañantes del otro, y ninguno quiso ceder; los criados que iban delante llevando los hachones encendidos comenzaron á golpearse con ellos el rostro y á quemarse las barbas; los amigos de uno desenvainaron las espadas contra los amigos del otro, y los dos héroes de la fiesta, sin otras armas que las disciplinas con que venían castigando su cuerpo, se buscaron entre la confusión de la pelea, y al hallarse frente á frente dieron principio á un combate singular. Después de calentarse las ore-

jas con las disciplinas, recíprocamente comenzaron á dar y recibir puñetazos con la fiereza y la brutalidad propias de carreteros.

En estas algaradas no todo es diversión, porque los hombres riñen formalmente, se hieren y se matan, y las antiguas enemistades encuentran lugar de renovarse y satisfacer sus odios y sus venganzas.

Al fin, el Duque de Béjar cedió al Marqués de Villahermosa; recogiéronse las disciplinas hechas pedazos, y arregláronlas como Dios les dió á entender; las caperuzas, que habían rodado por el suelo, aunque sucias de barro, volvieron á cubrir las cabezas; lleváronse los heridos á sus casas. La procesión continuó andando grave y sosegadamente, recorriendo así media villa.

El Duque imaginaba tomar al día siguiente su revancha, pero el Rey no le permitió salir de casa, extendiendo contra el Marqués idéntico mandato.

Volviendo á tratar de lo que se hace por lo común en tales ocasiones, veréme obligada á decir que cuando los disciplinantes, que de tal modo se sacrifican por Dios, vuelven á sus casas, espérales una magnífica cena preparada con todo género de manjares, y esto sucede con frecuencia en un viernes de Semana Santa. Sin duda, luego de realizar una penitencia tan difícil, júzgase con derecho á dejarse vencer un poco por el pecado. Primeramente, hácese frotar las espaldas el disciplinante con esponjas impregnadas de vinagre y sal para que las heridas no se enconen; luego siéntase á la mesa con sus amigos y recibe de todos las alabanzas y los aplausos que juzga bien merecidos. Cada uno á su vez le dice que no hay memoria de hombre que más gallardamente se disciplinara; exagéranse los gestos ponderando con exceso las actitudes, y más que nada, la dicha de la señora por quien se realizó semejante galantería. Transcurre toda la noche muy divertida entre aquellos manjares deliciosos y estos cuentos exagerados, y algunas veces el que tan bien se ha sacudido queda enfermo hasta el punto de no poder asistir á la misa el día de Pascua. No creáis que añado poco ni mucho á la verdad en esta relación que os hago. Cuanto

digo es tan cierto que puede tomarse al pie de la letra, y en caso de duda no sería difícil comprobarlo, pues nadie que haya estado en Madrid lo ignora.

También hay verdaderos penitentes que inspiran verdadera compasión; la túnica sólo les cubre desde la cintura y llevan arrollada en el desnudo cuerpo y en los brazos una cuerda de esparto, cuyas vueltas oprimen de tal modo la carne que toda la piel se pone amoratada y sanguinolenta. En la espalda llevan siete espadas metidas cuero adentro, produciéndoles nuevas y más dolorosas heridas á cada paso que dan, y como además llevan los pies desnudos y las piedras de la calle son puntiagudas, cáense con frecuencia los infelices. Otros no llevan espadas, cargando sobre sus hombros una pesadísima cruz, y tanto éstos como aquéllos, no son hombres vulgares acostumbrados al duro sufrimiento, sino personas de mucha calidad que van acompañadas por varios pajes vestidos con túnicas y con la cara cubierta para que nadie los conozca, y éstos llevan vinagre, vino y otras cosas para ofrecerlas de cuando en cuando á su señor, que á veces cae rendido, casi muerto por los dolores agudos y la fatiga insoportable. Tan difíciles penitencias ya no son voluntarias galanterías; impónenlas ciertos confesores, y el que las realiza, pocas veces puede librarse de la muerte que le condena en breve plazo. Monseñor el Nuncio de Su Santidad me ha dicho que había prohibido á todos los confesores que aconsejaran penitencias tales; pero yo he presenciado muchas todavía; bien que ahora se supone la devoción de cada penitente como única inspiradora de tan rudos trabajos.

Desde el domingo de Ramos hasta el domingo de Pascua no se puede salir á la calle sin tropezar con penitentes de todas clases, y el día de Viernes Santo se reunen todos formando parte de la única procesión que recorre las calles de la Villa, y á la cual asisten todas las parroquias y todas las órdenes. En aquel día vístense más las damas que en el de sus bodas; asómanse á los balcones, adornados con ricos tapices y colgaduras, y apíñanse á veces más de cien en una sola casa. La procesión sale á las cuatro, y á las ocho mu-

chas veces no ha terminado aun; imposible me sería citar á las innumerables personas que vi en ella, empezando por el Rey, D. Juan de Austria, los Cardenales, los Embajadores, los Grandes, los cortesanos, y todo el mundo de la Corte y de la Villa. Cada uno lleva un cirio en la mano, y, acompañándole, muchos de sus criados con antorchas; todos los estandartes y todas las cruces van cubiertos con una gasa negra; multitud de tambores, también enlutados, redoblan tristemente; las trompetas repiten ecos lastimeros. La Guardia real, compuesta por cuatro compañías de diferentes naciones, á saber, Españoles, Borgoñones, Alemanes y de la Lancilla, llevan sus armas enlutadas y abatidas hasta el suelo. Hay grupos de imágenes que representan los *misterios* de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Las figuras son bastante malas y están mal vestidas; pero son tan pesadas que á veces no bastan cien hombres para llevar una peana sobre la cual se ostenta un *misterio*, y el número de peanas es muy crecido, porque cada parroquia tiene bastantes y salen todas. Recuerdo que uno de tales *misterios* representa la huída á Egipto; la Virgen va montada sobre un pollino muy bien enjaezado, cuyos arreos están cuajados de bellísimas perlas.

Es aquí obligatoria la comunión pascual; un cura de cada parroquia recorre todas las casas enterándose de cuántos individuos han de cumplir el precepto de la Iglesia y tomando sus notas en un registro. Al hacer la comunión, el cura da una cédula que justifica el acto verificado, y al domingo siguiente otro cura, recorriendo nuevamente las casas de los vecinos, cerciórase de cuáles adquirieron cédula y cuántos carecen del comprobante que acredita su buena conducta religiosa. Cada enfermo, que no pudo asistir á la parroquia, pone una colgadura en su puerta y recibe la comunión en su casa, con gran pompa, pues un lucido y devoto acompañamiento va por las calles custodiando á la Divina Forma.

Desde que llegué á Madrid, apenas he visto entierros verdaderamente suntuosos, exceptuando el de una hija del Duque de Medinaceli. Su ataúd, construído con preciosa madera

de las Indias, estaba cubierto por una funda de terciopelo azul atada con cintas de plata que terminaban en borlas del mismo metal. Iba en una carroza forrada de terciopelo blanco, con ramos y coronas de flores artificiales alrededor. Llevábanla de tal modo á Medinaceli, cabeza del ducado de este nombre. Ordinariamente se viste á los muertos con el hábito de alguna orden religiosa, y se les conduce con la cara descubierta hasta la iglesia donde van á ser enterrados. Á los cadáveres de las mujeres se les pone hábito carmelita, cuya orden inspira gran respeto, porque á su retiro se acogen las Princesas de sangre real, y hasta las Reinas cuando enviudan pasan en un convento del Carmen el resto de su vida, si el difunto Rey no les deja ordenada otra cosa, como lo hizo Felipe IV en favor de María Ana de Austria. Cuando una Reina es repudiada también se hace monja, porque no se le concede el derecho de volverse á casar. Los Reyes de España, creyéndose muy superiores á todos los Reyes del mundo, no aguantan que una Princesa sea esposa de otro después de haberlo sido suya.

Una hija natural que tiene D. Juan de Austria es carmelita en Madrid. Su belleza es admirable, y se cuenta que no ha sentido nunca deseos de tomar el velo; pero era éste su destino, como el de otras muchas jóvenes de su alcurnia no más contentas en su obligado encierro.

Estas religiosas llámanse Descalzas Reales, y á su retiro acógense también las damas del Rey, ya sean solteras ó viudas, las cuales forzosamente se amparan en la religión cuando el Monarca las abandona.

He admirado algunos manuscritos de Santa Teresa de Jesús, cuyo carácter de letra es legible, grande y regularmente bello. Doña Beatriz de Carrillo, su sobrina, los guarda cuidadosamente y me los ha enseñado. La mayoría son cartas con esmero recogidas y nunca impresas. Pareciéronme gallardamente redactadas, y en todas ellas descubrí ciertas notas alegres y dulces, que caracterizan las obras de esta santa.

Durante la Cuaresma y en otras épocas del año, encuéntranse predicadores callejeros que, arrimados á una esquina,

pronuncian discursos tan mal aprendidos como poco fructuosos, pero satisfacen su buen celo y su deseo de sermonear. Sus más fieles oyentes con frecuencia son los ciegos, que representan aquí el papel de nuestros copleros del Pont-Neuf.

Cada ciego, guiado por un perrillo, va por las calles cantando romances y jácaras (hechos con viejas historias ó sucesos nuevos que afanoso el pueblo corre á escuchar); llevan un tamboril y una flauta que tocan á ratos. Con frecuencia relatan las desdichas del Rey Francisco I:

Quand le roi partit de France,
A malheur il en partit,

que todo el mundo conoce. Esta historia la cantan en francés insoportable gentes que no saben una palabra de nuestro idioma; de lo que dicen los versos sólo entienden que el Rey fué prisionero de los españoles, y considerando muy gloriosa esta victoria, quieren popularizar su recuerdo. En el aposento donde vivió encerrado el Rey de Francia luce una flor de lis dorada, y es preciso confesar que le dieron por cárcel uno de los más hermosos edificios de Madrid, cuyas grandes ventanas, aunque tienen rejas de hierro, presentan los barrotes á tal distancia unos de otros, y con tal primor dorados, que nadie podría sospechar que allí estuvieran para impedir la fuga del cautivo. Sorprendióme la fastuosidad aparente de una casa que hacía las veces de calabozo, y supuse que sin duda quisieron desmentir en España aquel proverbio francés: «No hay prisión hermosa ni amores feos.»

Los muebles que aquí he visto son muy lujosos, pero no tan bien labrados como los nuestros; abundan los brillantes tapices, las ricas sillerías, las artísticas pinturas, los grandes espejos y las vajillas de plata; los Virreyes de Nápoles y los Gobernadores de Milán han traído de Italia muy buenos cuadros, los Gobernadores de los Países Bajos excelentes tapices, los Virreyes de Sicilia y Cerdeña bordados admirables y primorosas estatuas, los de las Indias piedras preciosas y finos metales; así, regresando con frecuencia todos, cargados con las riquezas de un reino, han inundado la villa y la corte con multitud de valiosos objetos.

Los muebles de las habitaciones se cambian dos ó tres veces al año. Las camas de invierno están forradas de terciopelo guarnecido de oro, pero son tan bajas y en cambio las colgaduras tan amplias, que se queda como enterrado el que se acuesta en ellas. En verano ni cortinas ni nada que la oculte se pone alrededor de la cama, lo cual hace muy feo; sólo alguna vez se la cubre con una mosquitera.

Mientras hace frío habítanse los aposentos altos, á veces hasta los cuartos pisos, y cuando aprieta el calor recógense las familias en los más bajos, que por cierto son bastante incómodos. Todos las casas tienen doce ó quince salas y dormitorios en su planta baja; estas piezas, por lo común, son más largas que anchas; los techos no están pintados ni dorados y son de yeso, lisos, tan blancos que ofenden á la vista, porque todos los años los limpian y blanquean de nuevo, haciendo lo mismo con las paredes, que brillan como si fueran de mármol. El suelo de las habitaciones de verano está construído de manera que absorbe mucho el agua, ofreciendo luego una frescura por demás agradable. Cada mañana se riega todo y luego se tiende una esterilla de paja muy fina pintada de variados colores. Las paredes por su parte inferior cúbrense también con esterilla de la misma clase para que su frescura no incomode á los que se arrimen á ellas; cuélganse de su parte superior cuadros y espejos; los almohadones de brocado se colocan sobre la estera, lo mismo que algunas mesitas y escaparates muy hermosos, entre tiestos de plata donde se arraigan naranjos y jazmines. Durante el día las cortinas cubriendo las ventanas libran del sol, y al anochecer salen las gentes á pasearse por los jardines, que son magníficos en algunas casas, adornados con multitud de grutas y fuentes; el agua es aquí muy abundante y muy buena. Entre los principales cuéntanse los del Duque de Osuna, del Almirante de Castilla, del Condestable y de la Condesa de Oñate; pero vanamente pretendo especificar, porque son muy numerosos los que reunen mil atractivos.

Creo que con las precauciones que aquí se toman, por muy excesivo que sea el calor, no puede incomodar mucho. Desde las familias de los grandes personajes hasta las de

más humilde nacimiento, no hay ninguna que deje de ocupar en verano un piso bajo proporcionado con sus medios; los que no pueden hacer más, habitan de buena gana cualquier insignificante bodega. Hay pocos obreros y no mucho comercio en Madrid, donde apenas se ven más que personas de calidad y los criados de éstas. Exceptuando siete ú ocho calles donde abunda el comercio, no se ven por la villa otras tiendas que aquellas en que se despachan confituras, licores, aguas heladas y pasteles.

No quiero pasar por alto una noticia: muchas personas, sin contar los Príncipes, los Duques y los titulados (aquí muy numerosos), usan en sus casas doseles; aunque tengan treinta ó más habitaciones, en cada una ponen su dosel. Mi parienta en su casa tiene veinte (ya dije que la hizo el Rey Marquesa de Castilla). Admiro mi propia gravedad cuando me veo debajo de un dosel, sobre todo mientras me sirven de rodillas el chocolate dos ó tres pajes vestidos de negro como verdaderos notarios. Es una costumbre á la cual no me puedo acostumbrar, porque me parece que tanto respeto sólo debe exigirse para servir á Dios; pero aquí es de uso tan corriente que hasta el aprendiz de un zapatero, para presentar un zapato á su maestro, hinca la rodilla en el suelo.

Pocos alcanzan á tener en Francia un mobiliario tan espléndido como usan aquí las personas de posición elevada. Es necesario verlo para juzgar de una diferencia tan grande. Nunca se hace uso de vajillas estañadas, y sólo las de plata y las de porcelana sirven en las mesas, y hay que tener presente que un plato aquí no es menos pesado que una fuente en Francia, porque se requiere una solidez extraordinaria como condición esencial de tales objetos.

El Duque de Alburquerque, muerto hace algún tiempo, había empleado mes y medio para pesar al inventariarla su vajilla de oro y plata, compuesta, entre otras muchas cosas, por mil cuatrocientas docenas de platos, cincuenta docenas de fuentes y setecientas bandejas; el resto del servicio estaba en la misma proporción, y además tenía cuarenta escalones de plata para llegar á lo más alto de su aparador, formado por gradas como un altar y ocupando una sala inmensa.

Cuando me hablaron de tanta opulencia, creyendo que se burlaban de mí, pregunté á D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, si era cierto aquello, y me aseguró que su hermano, sin considerarse rico en vajilla de plata, poseía seiscientas docenas de platos y ochocientas fuentes. Tan espléndido servicio no se hace necesario más que en convites de grandes bodas, donde abunda en todo la magnificencia. El motivo de esa riqueza consiste en que las vajillas de plata vienen ya labradas de las Indias y no pagan derechos reales. Su hechura es bastante tosca, como la de las monedas que se acuñan en los galeones mientras éstos regresan de aquel país.

Es cosa digna de compasión el mal arreglo en las casas de los magnates, muchos de los cuales no quieren ir á sus estados (así llaman á las tierras, villas y castillos de su propiedad) y pasan la vida en Madrid, poniendo todos sus bienes en manos de un administrador que finge mucho interés hacia su dueño y sólo por su particular provecho se afana, mientras el magnate no se digna siquiera enterarse de si le dice verdad ó mentira; descender á tal información sería para su altivez una ruindad. Esto me parece un abandono muy grande, y juzgo un defecto no menor adquirir tal profusión de vajilla para comer de ordinario un par de huevos y un pollo.

Pero no sólo en estas cosas yerran; en otras muchas también suelen descuidarse, y no es lo mejor atendido cuanto se refiere al gasto cotidiano de la casa. Nadie hace provisiones de nada, y todos los días es preciso comprar á fiado lo que hace falta de la panadería, de la carnicería, de la pastelería y de todas partes, ignorando siempre lo que los vendedores apuntan en sus libros y no rectificando nunca sus cuentas, con frecuencia exageradas y mentirosas.

Muchas veces cincuenta caballos en una cuadra, no teniendo paja ni cebada, muérense de hambre; y, cuando alguna persona, sea cual fuere su condición, después de acostarse necesita cualquier cosa, vese obligada seguramente á prescindir de lo que desea durante toda la noche, porque no ha quedado nunca en la casa ni vino, ni agua, ni pan, ni carne,

ni carbón, ni velas, nada enteramente, pues aunque todo se comprara muy abundante, los criados tienen la costumbre de llevárselo todo al retirarse, y así cada día es necesario hacer las mismas provisiones. En general se desprecia tanto el comercio, que no se hallaría hidalgo pretencioso (aun entre aquellos cuyos recursos escasos les obligan á sobrellevar una dura existencia) capaz de regatear una tela, una puntilla ó una joya, ni de recoger la vuelta cuando el tendero se la ofrece porque el valor de las monedas desembolsadas exceda al precio de las mercancías; como si eso no fuera bastante todavía, ofrecen al vendedor por el trabajo de haberles complacido una cantidad más grande á veces que la representada por los objetos comprados. Así, cuando alguien adquiere las cosas á precio justo, débelo á la conciencia del comerciante, que no quiso abusar de las ventajas que le ofrece un orgullo tan exagerado, y como son muchos los que toman á cuenta cuanto necesitan, sosteniendo algunas veces créditos de diez años, no son pocos los que se hallan al fin agobiados por las deudas.

Raras veces dan ocasión los que así obran á que intervenga en sus asuntos la justicia, y espontáneamente reparten sus bienes para evitarse un proceso; reuniendo á sus acreedores, les ofrecen una parte de sus tierras para que, gozándolas un cierto número de años, salden sus deudas, ó se las ceden por completo, reservándose sólo una renta vitalicia que no puede ser nunca reclamada por los nuevos acreedores que más adelante presten algo al arruinado caballero. Para que nadie pueda engañarse, publícanse los tratos hechos por el señor con sus prestamistas. Todo el papel de oficio está sellado y cuesta bastante. En cierta época se distribuyen los procesos que ya se han instruído en Madrid sin resolver gran cosa; métense dentro de un saco los documentos de una parte, dentro de otro los de la otra, y los que abarca la instrucción en un tercero. Al llegar el tiempo elegido envíanse á los tribunales más lejanos, y como se guarda con mucho secreto un registro en el cual se inscriben los lugares adonde los procesos fueron enviados, nadie sabe nada del suyo hasta que se decreta la sentencia. Esto evita